



El honor militar y su papel en la defensa de la patria

Por: Mayor General (RA) Juan Salcedo Lora
Presidente Asocaci



“El honor prohíbe acciones que la ley tolera”. Séneca

El honor es un concepto con diversos significados. Según se tome en una acepción subjetiva –lo que uno siente como su propio honor– o en su representación social, como elemento que entra en juego en las relaciones sociales en muchas civilizaciones. Implica la aceptación personal y la construcción en el imaginario social, e incluso, en la superestructura jurídica, de una cualidad moral vinculada al deber, a la virtud, al mérito, al heroísmo; que trasciende al ámbito familiar, de la descendencia –la sangre y la casta– y de la conducta sexual –especialmente a la de las mujeres dependientes–; que se refleja en la opinión, la fama o la gloria y en diferentes ceremonias de reconocimiento público y que produce recompensas materiales o dignidades, como cargos, empleos, rentas, patrimonios, herencias, etc.¹

¹ Diccionario de la Lengua Española. Real Academia Española, 2001. [http://buscon.rae.es/draeI/SrvltConsulta? TIPO_BUS=3&LEMA=honor](http://buscon.rae.es/draeI/SrvltConsulta?TIPO_BUS=3&LEMA=honor).

Específicamente, cumplió esa función durante un gran periodo de la historia de la civilización occidental, con conceptos precedentes en la antigüedad clásica grecorromana y en los pueblos germánicos, llegando a una alta codificación desde la conformación del feudalismo de Europa Occidental en la Edad Media. Continuó operante en las sociedades del antiguo régimen –la Edad Moderna en Francia, España, etc.– mientras la nobleza siguió siendo clase dominante en la sociedad estamental. El concepto pervivió en formaciones sociales históricas que se convierten en sociedades de clase o burguesas (Inglaterra) durante la Edad Contemporánea, pero su función es ya otra, exagerando sus extremos más románticos, por ejemplo el duelo, que tiene su edad de oro en el siglo XIX.

Mucho tiene que ver el concepto del honor de los pueblos americanos conquistados y colonizados por los españoles. El honor mancillado es cuestión de alta consideración y va casi siempre unido a la forma de lavararlo, cuando siempre media la violencia contra el intruso que haya osado vulnerar tan preciado bien. Ese preciado concepto del honor es herencia directa de España.

En octubre de 1524, las tropas francesas se dirigen a Pavía, comandadas por el rey Francisco I, en persecución del ejército imperial de Carlos I de España, que tenía una guarnición en la ciudad. Finalmente, el 24 de febrero de



1525, Francisco I es hecho prisionero. La captura del rey francés supone la derrota de las tropas francesas, la futura renuncia de Francia a Borgoña, a Artois y a Flandes, así como a la influencia sobre Italia, según se firmó en el tratado de Madrid de 1526. Al ser hecho prisionero, Francisco I escribió a su madre la Duquesa de Angulema, desde la fortaleza de Pizzighe-tone, su carta donde acertadamente declaraba que debía: "Informar sobre cómo sigue mi infortunio, todo está perdido para mi, excepto el honor y la vida, que están a salvo", cita que ha pasado a ser repetida por el apotegma: "Todo se ha perdido, menos el honor."²

Era la primera de cuatro guerras que librara el gobernante francés, católico, contra Carlos I, o Carlos V, rey católico de España. Si bien fuera vencido en la primera de las cuatro guerras, demostrar con la sucesión de las otras que si bien todo lo había perdido, su honor le permitió recuperarse y triunfar sucesivamente, asegurando un lugar en la historia de Francia.

De otra parte, del otro gran personaje de este retazo de la historia europea, se cuenta que el triunfante monarca Carlos I, o también Carlos V del Sacro Imperio Romano Germánico, al enterarse que sus tropas, los famosos Tercios de exitosa infantería, serían objeto de una revista, se fue velozmente donde estaba la unidad formada, se hizo a la cabeza de sus hombres presentando su arma de fuego y a la mejor usanza reglamentaria exclamó: ¡Presente y armado!

Esa demostración lo colocó de inmediato en el más alto pedestal ante sus hombres como el primer soldado arcabucero. Fue solo un gesto, complementado con la orden de que se le incluyera en los listados de la compañía respectiva. Pero ese gesto representó ni más ni menos que el "honor de ser soldado". Partiendo del monarca, es fácil imaginar la creciente moral que infundió en sus tropas, que se hermanaron en ese honor concedido por Carlos I. No sobra advertir que para el pueblo español el honor estará para siempre puesto en un pedestal especial, en tanto que para el pueblo francés cobra más fuerza el derecho como adorno excepcional.

² Pavía, Wikipedia.

Un gran soldado español, Pedro Calderón de la Barca, también de los Tercios como Carlos V, combatió a los franceses 100 años después y nos dejó para la eternidad su recuerdo de lo que para un joven recluta debe significar el ejército:

"Este ejército que ves vago al yelo y al calor, la república mejor y más política es del mundo, en que nadie espere que ser preferido pueda por la nobleza que hereda, sino por la que él adquiere; porque aquí a la sangre excede el lugar que uno se hace y sin mirar cómo nace se mira cómo procede.

Aquí la necesidad no es infamia; y si es honrado, pobre y desnudo un soldado tiene mejor cualidad que el más galán y lucido; porque aquí a lo que sospecho no adorna el vestido el pecho, que el pecho adorna al vestido.

Y así, de modestia llenos, a los más viejos verás tratando de ser lo más y de aparentar lo menos.

Aquí la más principal hazaña es obedecer y el modo cómo ha de ser es ni pedir ni rehusar.

Aquí, en fin, la cortesía, el buen trato, la verdad, la firmeza, la lealtad, el honor, la bizarría, el crédito, la opinión, la constancia, la paciencia, la humildad y la obediencia, fama, honor y vida son caudal de pobres soldados; que en buena o mala fortuna la milicia no es más que una religión de hombres honrados".

Así como el monarca español presentó sus armas para una revista, en nuestra historia han existido figuras del alto gobierno que se han hecho llamar el "primer soldado de Colombia" o el "primer agente", pero las demostraciones de ello no se dieron, quedaron sin esculpir en piedra y lo que plasmó el papel, seguramente, se lo llevó el viento o lo borraron los días.

Si nuestros pueblos cultivan el honor en tan alto grado, inclusive en los estratos deprimidos, donde se guarda y protege con mayor celo que en las capas altas, es fácil concluir que el civil cuando ingresa a la milicia encontrará una buena correspondencia con ese celo y la importancia que se le da en los cuarteles al honor militar. Desde el primer día de cuartel, cada

generación de soldados recibe un preciado tesoro que le cambia su forma de pensar, por cuanto le encomiendan desde tempranas horas grandes responsabilidades, defender la patria, defender las fronteras, defender las instituciones; por primera vez, alguien les habla de la nacionalidad, de la soberanía y va creciendo en ese hombre en período de transformación un concepto diferente de su razón de ser. Morir por la patria no es ya una cosa lejana, es una realidad que martilla incesantemente y crece y se incrusta en su ser. Por algo decía el expresidente Alberto Lleras Camargo, que la misión de preservar la nacionalidad es encomendada a los mejores, los más rectos, los más justos y que ellos sean quienes establezcan el equilibrio cuando sea menester.

Se refería a ese hombre nuevo que se forma en filas y se prepara para un día lejano defender a su patria aún a costa de su propia vida. Surgen así los códigos de honor como el que se registra en el Ejército de Colombia, que a letra dice:

Como Soldado de la Patria: me comprometo solemnemente a profesar lealtad y fidelidad a Colombia y a mi Ejército, en defensa de la República, la libertad y la democracia.

El honor será mi primera virtud militar y mi fuente de inspiración. Observaré disciplina en todo lugar y circunstancia.

Por vocación, soy y seré un Soldado leal con espíritu de servicio. ¡Mi Ejército nunca se avergonzará de mí!

Seré justo en mis decisiones y prudente en el uso de la fuerza.

Cultivaré la honradez y la sobriedad, y seré vigilante, frugal y trabajador constante en mis deberes y asuntos.

Jamás divulgaré información que me haya sido confiada, y guardaré silencio y reserva sobre los asuntos del servicio.

Carlos V del Sacro Imperio Romano Germánico, al enterarse que sus tropas, los famosos Tercios de exitosa infantería, serían objeto de una revista, se fue velozmente donde estaba la unidad formada, se hizo a la cabeza de sus hombres presentando su arma de fuego y a la mejor usanza reglamentaria exclamó: ¡Presente y armado!



Carlos V del Sacro Imperio Romano Germánico

Combatiré con valor, coraje y ánimo sereno, y sin esperar más recompensa que la de saber que cumplo la voluntad de Dios, lograr la grandeza de mi Patria y la gloria de mi Ejército.

No abandonaré a mis superiores, compañeros o subalternos en acción de guerra ni en cualquier otra ocasión.

Seré magnánimo en la victoria y orgulloso en la derrota honrosa.

Seré moderado, generoso y compasivo con el enemigo rendido o capturado. De caer prisionero o ser secuestrado, continuaré resistiendo por todos los medios disponibles y haré todo lo posible por escapar y recuperar mi libertad.

Ese código recorre los cuarteles y reposa usualmente en los bolsillos de los soldados en forma de tarjeta plastificada o una estampa, que lo acompaña en las labores diarias dentro o fuera del cuartel. Para los cadetes en las escuelas de formación de oficiales, a la par de los himnos y las consignas, también se incorpora el correspondiente código de honor, para el ejemplo repasemos el de la Escuela Militar José María Córdova:

“Al recibir mi investidura como cadete de la Escuela Militar de Cadetes General José María Córdova del Ejército de Colombia, consciente del compromiso que se deriva de la herencia recibida, prometo solemnemente ante Dios y ante mi Patria cumplir fielmente el siguiente Código de Honor:

Hacer del lema de mi Escuela, Patria, Honor y Lealtad, la razón de mi vida

Portar mi daga, símbolo de las insignias y armas de la República, con orgullo y dignidad

Ser veraz en todos los actos de mi vida

Ser modelo de ciudadano, hijo ejemplar y cumplido caballero

Ser leal y respetuoso con mis superiores y mis compañeros

Usar mi uniforme con pundonor y pulcritud

Observar las virtudes militares y cumplir mis de-

beres académicos con dedicación y honradez

Buscar en la disciplina del cuerpo la superación del espíritu

Velar por el mantenimiento y la conservación de los elementos puestos bajo mi responsabilidad

Al ejercer el mando, respetar la dignidad humana y ordenar siempre lo útil, lo justificado y lo posible”.

El valor moral que tiene transmitir honor militar a las tropas es de magnitudes extraordinarias, es pegajoso, es un imán poderoso que atrae a los jóvenes para ser igual a quienes así sienten. Convierte por ese solo hecho en soldados superiores a los soldados regulares, al soldado corriente, que antes de tales demostraciones no se sintió motivado a ser mejor, a tener más orgullo, a autocalificarse como un soldado universal, hoy en boga. Pasa de la noche a la mañana, a sentirse listo y preparado para emprender las grandes campañas.

Por el ejemplo de sus jefes, por el entrenamiento bien orientado, por los ejercicios duros y las motivaciones permanentes, por allá en la década del ochenta los soldados bachilleres que se incorporaban a filas pedían ir a la Escuela de Lanceros y de allí se regalaban para ser paracaidistas o contraguerrilleros y no les alcanzaba el tiempo de servicio para lucirse mejor, siempre y cuando estuviesen en la sana competencia, pero en medio de los mejores hombres de guerra del Ejército colombiano.

El honor es de alta estima en las formaciones militares, es freno y acicate, es motivación permanente y a la vez arma destructora cuando se manchilla o cae por el suelo por acciones adversas provenientes de una fuerza enemiga o cuando se afecta por la contaminación interna de fenómenos corruptivos o vicios que no se controlan a tiempo. El filósofo Séneca, en su obra ‘Medea’, afirma que “el honor prohíbe acciones que la ley tolera”, con lo cual demuestra que el honor supera los alcances de la ley y se consti-

“El valor moral que tiene transmitir honor militar a las tropas es de magnitudes extraordinarias, es pegajoso, es un imán poderoso que atrae a los jóvenes para ser igual a quienes así sienten. Convierte por ese solo hecho en soldados superiores a los soldados regulares”

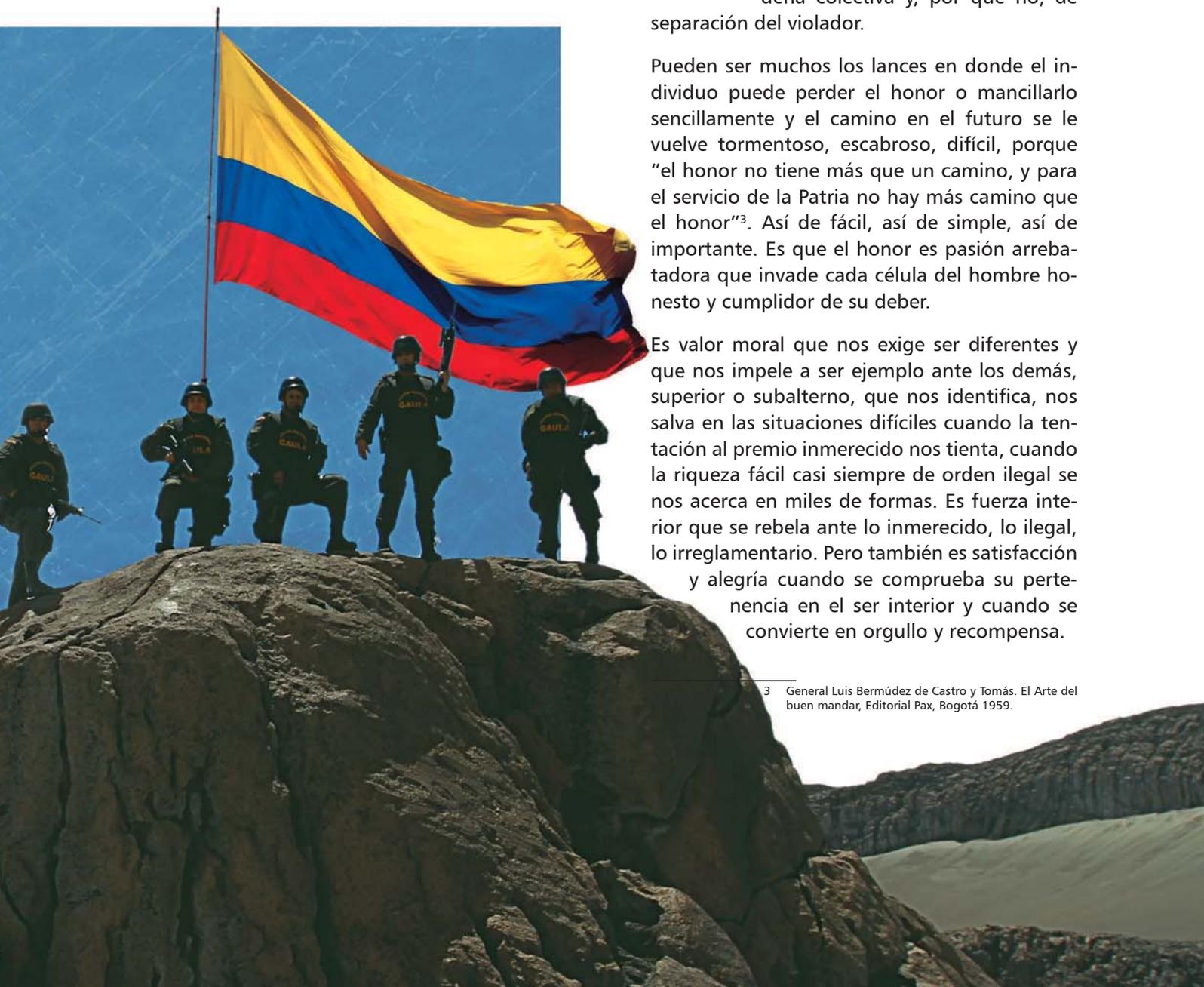
tuye por sí solo en la gran barrera que limita las acciones humanas cuando la misma ley las autoriza.

Cabría entonces preguntar como lo hiciera el desaparecido político mexicano Luis Donaldo Colosio: ¿Qué queda cuando se ha perdido el honor? Múltiples respuestas podrían concurrir, pero cuando se trata del honor militar, necesariamente queda en el hombre de filas un inmenso vacío, que difícilmente puede ser llenado con facilidad en el tiempo; también, en la unidad respectiva causa un torbellino de insatisfacción, de callado reclamo, de condena colectiva y, por qué no, de separación del violador.

Pueden ser muchos los lances en donde el individuo puede perder el honor o mancillarlo sencillamente y el camino en el futuro se le vuelve tormentoso, escabroso, difícil, porque “el honor no tiene más que un camino, y para el servicio de la Patria no hay más camino que el honor”³. Así de fácil, así de simple, así de importante. Es que el honor es pasión arrebatadora que invade cada célula del hombre honesto y cumplidor de su deber.

Es valor moral que nos exige ser diferentes y que nos impele a ser ejemplo ante los demás, superior o subalterno, que nos identifica, nos salva en las situaciones difíciles cuando la tentación al premio inmerecido nos tienta, cuando la riqueza fácil casi siempre de orden ilegal se nos acerca en miles de formas. Es fuerza interior que se rebela ante lo inmerecido, lo ilegal, lo irreglamentario. Pero también es satisfacción y alegría cuando se comprueba su pertenencia en el ser interior y cuando se convierte en orgullo y recompensa.

³ General Luis Bermúdez de Castro y Tomás. El Arte del buen mandar, Editorial Pax, Bogotá 1959.



La decadencia de la sociedad colombiana, tan propensa a la lisonja, se fue degradando y es alarmante las noticias en los medios masivos de comunicación con la caída de ídolos de barro de la política o la empresa, que desfilan ante los tribunales arrasados por la ola millonaria gigantesca de corrupción acelerada. Es tenaz la lucha por evitar que en los cuarteles se repitan tales fenómenos, en mayor o menor cuantía, pero se presentan a pesar de todo con la figura elemental de una guaca, o en forma de mujer, o en cuentas misteriosas, siempre de dudosa procedencia. Quién cae en la tentación, se convierte de inmediato en un pelele de oscuros propósitos y tarde o temprano, como reza el juramento “él o ella os lo demandarán”. Por esa elemental ausencia de honor, existen procesos “ochomiles” y por la misma razón hemos perdido en otros escenarios a verdaderos soldados probados en el campo de combate.

En los casos de afectación por los fenómenos antes citados, es ejemplar en nuestro medio el grave daño producido por la corrupción que invadió todos los espacios y capas de la sociedad colombiana hasta llegar por la vía de las elementales relaciones o las incorporaciones en los diferentes niveles a los centros de formación, que se deslizó hasta producir graves consecuencias en la antes sólida estructura de la Fuerza Pública. Cuando se llegue a demostrar, con la verdad verdadera y con la justicia sin quiebrapatas, la existencia de uno o varios casos de falsos positivos, aparecerá entonces con toda la potencia en cada caso, que la corrupción

permeó el baluarte moral del honor en esas excepciones.

“El honor militar es una cualidad moral que nos impulsa a realizar el más estricto cumplimiento de nuestros deberes ante los semejantes y ante nosotros mismos. Es base de la disciplina que rige las actividades de todos los seres humanos, cualesquiera que sean las clases sociales a que pertenezcan. La virtud, la honestidad y el respeto al prójimo son frases que se deben renovar en forma constante para bien propio y satisfacción de los demás. En las Fuerzas Armadas el honor adquiere relevancia especial, por tratarse de personal que tiene la misión inmediata de salvaguardar los intereses de la patria, la integridad del territorio y la soberanía de la nación”⁴.

Adquirir el alto honor de pertenecer a las Fuerzas Militares, es razón para que el militar sienta gran orgullo y necesidad de inflar uniformes, teniendo muy en cuenta el no tomar actitudes de superioridad, de humillación; no es razón para faltar a la moral y los principios “pensando que como militares no se admite la menor falta ni el más mínimo agravio por parte de nuestros conciudadanos”⁵ no es honor poseer actitudes abominables, por el contrario, debemos tener presente que el militar es siempre honrado, lleno de amor por la patria y si es el caso ofrendar nuestras vidas en defensa de ella.

La valoración del honor militar cobró especial importancia en la defen-
sa triunfal que hizo el doctor Jorge

4 Gral. Brig. D.E.M. Ret. Bruno Galindo Trejo. Honor militar. 3 de octubre del 2001.

5 General (r) Freddy Padilla de León. Liderazgo militar. p. 198.



Eliécer Gaitán el 9 abril de 1948, momentos antes de ser asesinado en Bogotá; en el proceso que se seguía por homicidio al Teniente Jesús Cortés, basada precisamente en la defensa del honor militar, argumento principal empleado por el famoso penalista inmolado horas después.

Estos fueron algunos de los argumentos esgrimidos por Gaitán:

“¿Es el honor una realidad física como la vida? No. El honor es un hecho moral, pero un hecho moral que radica, no tanto en el individuo, no tanto en la conciencia esencial dentro de la cual nosotros vivimos. El objetivo central, la base fundamental, el bien jurídicamente defendido, no radica exclusivamente en la persona agredida, radica en la conciencia ética colectiva. El honor es un valor moral de las sociedades, una conciencia del nivel evolutivo de la especie, un estado social (...) El honor es uno de los valores morales de la especie, trascendental y más importante que el valor de la vida, porque representa una conciencia colectiva; es el respeto que por nuestra vida hemos logrado conquistar en frente de la sociedad que nos rodea (...) No es lo mismo la exigencia que la sociedad le hace a un civil, que la exigencia que sobre la dignidad personal se le hace a un militar, si es el mismo caso. Le basta al hombre ser un ciudadano

normal, común, corriente, sin que nadie le pueda a él gritar o hacerle desmerecer en nivel del alto concepto social, si no resulta valiente. Pero eso no le está permitido al militar.

El militar queda deshonrado donde no queda deshonrado el civil. ¿Por qué? Por la índole de su carrera. Lo vamos a ver. Un militar cuando entra a la escuela a seguir su carrera, recibe enseñanza para que adquiera una noción positiva de la dignidad y del honor, si es que su anterior educación no le había permitido elevar esos conceptos. Y así sentimos desprecio por un militar de quien nos digan que es cobarde; sentimos desprecio por un militar de quien nos digan, o nos demuestren que no es valiente; inmediatamente queda deshonrado. ¿Por qué? Por la índole de su institución. Sin embargo, ninguno de nosotros queda deshonrado porque nos digan que en este u otro episodio dejamos de ser valientes”.

Adquirir honor para el militar es fácil, cuando se ha traído desde el hogar con el ejemplo de los padres y familiares o del núcleo social afortunado practicante de buenas virtudes, pero es igualmente fácil perderlo en medio de la práctica rutinaria de las tareas del servicio, de las operaciones o la simple vivencia de las actividades cotidianas. Todo es posible, ganar o perder, ello es una de las más importantes responsabilidades del mando en todos los niveles. 🐦

CURRICULUM

Mayor General (RA) Juan Salcedo Lora. *Presidente Asocaci, Expresidente de Acore y autor prolífico. Magíster en Seguridad y Defensa Nacional; profesor de Táctica, Estrategia, Artillería de Campaña, Historia Militar en diversas instituciones; con manejo en el conocimiento de Derecho Internacional Humanitario (Instituto Alfred Nobel de San Remo, Italia). Asimismo, Diplomado en Sociología de las Relaciones Internacionales y Fronteras y en Derechos Humanos, Socio Geopolítica y Derecho Internacional Humanitario (Corporación Internacional para el Desarrollo Educativo, Cide). Entre sus cargos más destacados figuran Agregado Militar en la Embajada de Colombia en Washington y en Italia, Director de la Escuela Superior de Guerra y de Inteligencia del Ejército además de destacarse en el servicio diplomático y comisiones especiales.*

